

La Veleta



Miércoles, 19 de agosto de 2020
Editado por Zoróndoba de Arte y Literatura

Gacetilla de errática aparición y orientación dudosa
Avisos, anuncios, noticias y chismes varios
Número CCVII

laveleta@zorondoba.com
Director: Sancho Viñetas

El cuento de nunca acabar

Cayo Lacayo



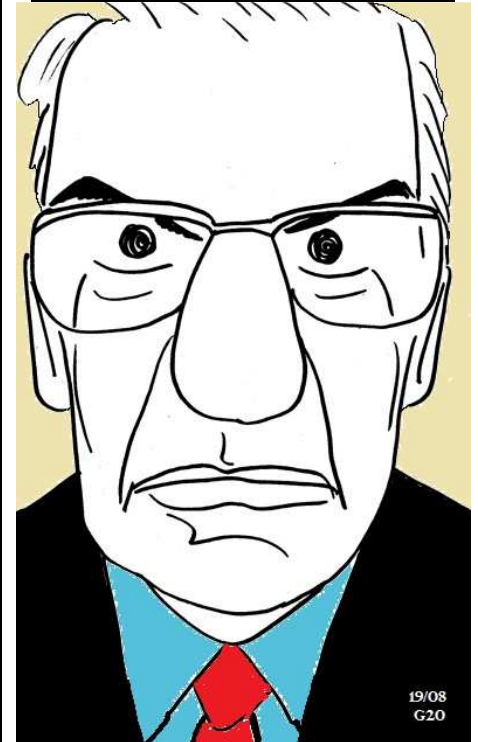
Con el recrudecimiento de la pandemia, un asunto de importancia global y de la máxima gravedad, no deberíamos andar los medios (perdóneseos esta autoinclusión en semejante saco) tocando las pelotas con las borbonadas que nos regala la familia reinante. Pero ocurre que, como diría aquel alumbrado jefe de gobierno al que sufrimos durante dos legislaturas (Mariano el Registrador), este no es un asunto menor, sino mayor. Y aunque quizá no lleve en sí la letalidad del coronavirus, la carga viral y contaminante del coronamierda borbónico es tal que sería un claro abandono de nuestro deber de chismosos profesionales dejar de pronunciarnos al respecto una vez más. Aun a riesgo de ser reiterativos, cargantes o excesivamente beligerantes, como más de un lector nos ha señalado.

Digan lo que digan luego los tribunales (si llegaran a pronunciarse), Juan Carlos I, rey que aún es de esta inenarrable España, tiene una hoja de servicios con tales manchurroneos que los espacios limpios que quedan entreverados en ellos son totalmente inapreciables. Es decir, que el conjunto se presenta como un único y cochambroso borrón negro. Y así lo percibiremos cuanto más nos alejemos de él, o sea, cuando venga la Historia a echarle un ojo. Que los Borbones son por

naturaleza unos seres despreciables es una evidencia universalmente percibida, especialmente desde que Goya hizo el retrato de "La familia de Carlos IV" y, años después, Galdós nos contara sus fechorías en los impagables Episodios. Si el genial aragonés o el eximio canario pudieran ver el espectáculo que en este ya bien entrado siglo XXI nos sigue ofreciendo la grotesca familia Borbón, firmarían sin duda un manifiesto para su expulsión o extrañamiento y para la recuperación de la dignidad nacional. En el reino de los vivos (aquí en su doble significado de *tener vida y ser listo*), ya hemos visto cómo más de 70 cortesanos firman manifiestos para lo contrario. Quieren hacernos creer los prohombres que encabezan la proclama que los méritos del Emérito son tan excepcionales que, a su lado, los desmanes hasta ahora conocidos son peccata minuta. Como es lógico, para ellos, que necesariamente los conocieron, en el tiempo en que acompañaron y arrojaron al monarca, deben ser así, pues nunca los denunciaron, ni reprocharon al Felón su fea conducta. Las razones de este comportamiento no pueden ser sino que a su sombra ellos también medraron lo suyo o que, bajo su paraguas, se sintieron confortables y olvidaron que habían tragado un sapo. Todos hemos tenido que tragar batracios alguna vez, pero, indigestos y repugnantes como son, los hemos vomitado en cuanto se nos ha presentado la ocasión. El sapo de la monarquía, sin embargo, no parece haber provocado arcadas entre aquellos valedores del rey durante tantos años como lo estuvieron saboreando. La solución monárquica fue en su día un momentáneo recurso del que se echó mano para que la democracia empezara a andar, pero en ningún caso podía ser un sistema perdurable; ni por su anacronismo e irracionalidad ni por, en este caso concreto, el origen de la misma. Los muñidores de la Transición que ahora lo apoyan sin rubor, centran en la persona de este nefasto personaje el éxito de aquel período, cuando, como es evidente, si tal cosa existió (el éxito) se debió a factores muy diversos, y que el protagonismo fue en todo caso de la sociedad española en su conjunto. El rey se limitó, como ahora sabemos, a hacer fortuna y a salir a saludar en Nochebuena.

Del episodio aquel en que, según sus hagiógrafos, quedó legitimado para los restos, su actuación durante la noche del 23F del 81, la cosa tampoco está muy clara, y, en cualquier caso, como ha quedado demostrado, el ínclito miraba sobre todo por su bolsa, que, de otro modo, podría haber corrido peligro de extraviarse. El escondite escogido para hurtarse a la justicia (es de coña oír a algunos miembros del gobierno decir que sigue a disposición de la fiscalía) nos informa bien de la clase de sujeto que es. Los Emiratos Árabes Unidos son precisamente un país con un sistema de gobierno inaceptable para cualquier demócrata sincero. Pero allí sesteaba nuestro rey, a nuestras expensas y, cuando ello no alcance, tirando de los ahorrillos que se embauló durante su reinado excepcional. ¡Puaf, qué asco, coño!

Galería de Infames



Por lo que fue (avispa cojonera en sus comienzos) y en lo que se ha convertido (corifeo del corrupto monarca y primer firmante del manifiesto que lo reivindica), el dinosaurio Alfonso Guerra merece estar aquí. Podríamos aportar muchos más merecimientos, pero hoy nos basta con este.